

Magia villafranquina en Madrid

Las butacas del Ámbito Cultural de El Corte Inglés donde se presentó hace poco el último libro de Antonio Pereira llegaban a símbolo. En cuanto le hacían a uno estar allí bien, como a San Pedro le pasó en el Monte Tabor. ¿Cuál las del mobiliario litúrgico donde el celebrante y sus asistentes se reposaban en las misas de tres curas mientras cantaba el coro o el predicador tronaba subido en el púlpito? ¿Cómo un sofá tendente ya a la voluptuosidad de la chaise-longue ante la sonrisa esperanzadora de la dama? La una y la otra evocación se daban la mano en la atmósfera suscitada por nuestro escritor "erótico y diocesano". Una vez más el filandón en la Villa y Corte por obra y gracia de estos «Cuentos de Cábila». La cantata, que dijo felizmente Ramón Pernas, antes de que Amancio Prada nos cantara y recitara.

Nos leyó Antonio «La orbea del coadjutor». ¿Nos leyó su cuento? ¿O nos lo estaba escribiendo de nuevo, que tanta es su capacidad, mejor su hechizo, para recrearse a sí mismo cuando de esa manera nos recrea a sus oyentes y amigos? Una bicicleta prestada a ese clérigo de la colegiata por un feligrés adolescente que la requería para ir a ver la moza de sus ensueños en Cacabelos. Y a la postre despeñada voluntariosamente "por un terraplén hacia Valtuille de Abajo", en el un tanto calabaceado retorno, la solución estaba en el aprovechamiento del sacrosanto secreto de confesión: "Pero yo me arrodillé en el cojín de terciopelo gastado y dije Ave María Purísima, y el suspiró, se recompuso la estola y apagó la luz para escucharme".

Mas la idea de Antonio había sido la lectura de otro cuento, «El toque de obispo». Cambió por miedo a la emoción excesiva. Pues en aquél era protagonista su padre, el ferretero de quien acababa de decir mucho Juan-Carlos Mestre, evocando sus veladas incansables de radioyente a la busca y captura junto a su vecino sastre, el abuelo del propio Mestre. El toque, se lo explicó a Antonio su progenitor, es el de reverencia de los maquinistas cuando se acercan a una ciudad episcopal, de las que tienen obispo y no tienen gobernador civil. Sobre todo ante Mondoñedo. Sí, ante Mondoñedo... aunque esta ciudad mitrada, la de Álvaro Cunqueiro, no tiene tren. Estuvo a punto de tenerlo por mor de cierto viaje cardenalicio, del que hizo parte un futuro papa, entonces patriarca de Venecia. "Pero lo tendrá", nos aseveró Antonio. Siempre pues erótico y diocesano.

Antonio LINAGE